

Cincuentenario del Servicio de Endocrinología del Hospital de San José

Presentación

Doctor William Rojas G.

Servicio de Endocrinología del Hospital de San José,

Miembro Honorario de la Sociedad de Cirugía de Bogotá.

El Servicio de Endocrinología del Hospital de San José se fundó en 1950, época en la cual esta especialidad no era muy conocida en nuestro medio. Su fundador, el doctor Antonio Ucrós Cuéllar, ha permanecido vinculado a nuestro servicio y ha sido nuestro motor invaluable de todas las actividades científicas del mismo.

Por eso, consideramos que organizar y llevar a cabo un Curso de Actualización en Endocrinología para médicos generales, como homenaje a estos cincuenta años de vida profesional y docente del doctor Ucrós, era recordar sus propósitos y, a la vez, exaltar las calidades del fundador. Por este motivo, se prefirió que los

conferencistas participantes en el programa fueran egresados del servicio o hubieran estado vinculados al funcionamiento del mismo, ya fuera en la parte docente o asistencial. Igualmente, se desarrolló, como parte del programa, una charla con el doctor Ucrós y los primeros miembros del servicio, en la cual se recordaron las experiencias vividas en los primeros años. Esta tuvo una grande acogida por la emoción que embargó a los invitados participantes.

A continuación, incluimos en este registro la alocución del Dr. Antonio Ucrós Cuéllar en la inauguración del evento y las palabras del doctor Antonio Niño Ramírez, primer egresado como especialista del servicio.

Remembranzas

Doctor Antonio Ucrós Cuéllar,

Fundador del Servicio de Endocrinología del Hospital de San José, Bogotá.

Corrían los años 50 cuando llegué con esposa, una hija, la cabeza llena de ilusiones y los bolsillos vacíos. Mi primer impulso fue ir al hospital Universitario, el San Juan de Dios, donde en ese entonces era director el doctor José de Carmen Acosta; viejo amigo de la familia a quien le dije que venía con una especialización sin cátedra en la Universidad y sin consulta en el Hospital. Me dijo que le parecía muy interesante pero que el Hospital no tenía presupuesto para un

nuevo cargo y que la Beneficencia no admitía trabajadores ad honorem; salí de allí sin ninguna posibilidad de trabajo. Algún tiempo después fui a San José con una recomendación del doctor Cuéllar Durán para el doctor Suárez Hoyos; su amigo el doctor Suárez con la bonhomía que le era característica me dijo que me daba un cuartico adjunto a la consulta externa, pero que no podía pagarme nada, esta última advertencia se conserva hasta ahora.

La consulta externa hacía parte de lo que hoy es el servicio de Pediatría y estaba a mano derecha, a la entrada de los parqueaderos. Alberto Villaneda era el jefe de la consulta, también el de gineco-obstetricia y mandamás del área; Alfonso Gutiérrez era el jefe de Pediatría y Daniel Borrero el de Ortopedia.

Trabajaba en un cuarto mínimo donde había una mesa, dos asientos y una balanza que yo había llevado; no había camilla ni lugar para examinar adecuadamente a los pacientes. De esta forma el Hospital de San José fue el primero de su tipo en ofrecer servicios de endocrinología.

La hermana Matilde era el ama del área donde en realidad no había muchos problemas y Paulita nos daba tinto y nos contaba las peripecias de Alberto Limonta en la famosa novela el Derecho de Nacer. San José era una gran hacienda donde se atendía a la gente sin cobrarle, de tal manera que no sé cómo se sostenía.

Por entonces comenzaban a tener un gran auge determinadas especialidades como: Anestesia, Medicina Interna y Endocrinología, ya que el Hospital siempre había sido quirúrgico y esas áreas desarrollaron desde el principio su propia identidad.

Determinados semestres de la carrera de medicina de la Universidad Javeriana se dictaban en el Hospital tales como Medicina Interna y Cirugía así, como internados en esos bloques. Fue entonces cuando rotó por ahí Julio Gómez, siendo interno de Medicina Interna y resolvió quedarse trabajando conmigo durante mucho tiempo.

Cuando pasaron la consulta externa a ese esperpento arquitectónico en donde todavía funciona e incineraron las historias clínicas en un acto digno de la Inquisición, también nosotros cambiamos de ubicación.

Entonces tuvimos una consulta más grande donde teníamos una camilla con una cortina que le daba privacidad a los pacientes, un escritorio y una máquina de escribir donde Helena Angel Naranjo, nuestra primera secretaria, nos hacía las historias clínicas.

Tanto el consultorio como la secretaria los compartíamos con otros servicios; allí asistían Julio Gómez, Luis Callejas (q.e.p.d.), Rafael Almanzar y Alvaro Duque, quienes nunca recibieron ni un centavo de salario; además, muchos otros pasaron por el servicio y dejaron su huella. Era en el consultorio número 5 y allá íbamos tres veces por semana para darle campo a nuestros copropietarios.

Poco después nos dieron un pequeño cuarto en el segundo piso donde hoy funciona Terapia Respiratoria, por que como trabajábamos con material radioactivo, debíamos estar aislados para no irradiar a nadie.

Al fundarse Medicina Nuclear nos bajaron a un cuartico que quedaba entre la sala de lectura y la sala de espera; pero no dejamos de hacer nuestra consulta en el consultorio donde llegó Ligia, hija de Helena nuestra primera secretaria, en el año 1986.

Cuando empezamos nuestras experiencias de campo sobre bocio endémico y nutrición y los trabajos sobre Crecimiento, Desarrollo y Adolescencia, ya realmente estábamos estrechos.

Los primeros semestres de las Facultad de Medicina ya funcionaban por lo tanto debíamos dar instrucciones a los estudiantes. Además comenzamos a trabajar con isótopos radioactivos, con un contador de pozo para pedir hormonas in vitro y una sonda para hacer captaciones de yodo, aparatos que habíamos comprado para nuestras experiencias de campo.

Posteriormente no se usaban tanto los marcadores radiosotópicos para dosificar hormonas y los contadores de pozo desaparecieron.

Al no implicar problemas de irradiación, ya no necesitábamos estar en Medicina Nuclear y nos pasamos a donde estamos actualmente, mucho más amplios y con un laboratorio propio; también pasó con nosotros Ligia nuestra secretaria quien, con el consultorio, ya no teníamos que compartir con nadie. Ligia es el jefe y el alma de nuestro servicio, los jefes, los instructores, los residentes, los internos pasan; pero ella no puede pasar; sabe manejar hasta los pacientes y sabe manejarlos a nosotros de forma indiscutiblemente acertada; es la encargada de las relaciones del servicio y nos acuerda de las fechas especiales y siempre tiene para con todos una sonrisa; de todo corazón quiero reindarle un homenaje.

Cuando estrenamos nueva sede, en el Pabellón Buendía, resolví dejarle la dirección del servicio a alguien de la nueva generación que tuviera la facultad de mantenerlo arriba y fue entonces cuando dejé la jefatura.